
¿Qué es creer?

La Fe que recibimos

Con vosotros habitantes de Bogotá, comparto el gozo de este encuentro que es, ante todo, un encuentro de fe, de esa fe, don de Dios al hombre, que os ha sido transmitida por el ministerio de los Pastores de la Iglesia y que habéis recibido, desde la infancia, de labios de vuestros padres y maestros cristianos.

Saludo a habitantes de Bogotá y de Colombia. Plaza de Bolívar. Bogotá (01-07-86).

Esta es nuestra fe

Vuestra ciudad nació, bajo el signo de la fe, y bajo el signo de la fe trinitaria habéis de vivir siempre.

Fe en Dios uno y trino, Padre providente de nuestras vidas y Señor de nuestros destinos.

Fe en Jesucristo, Salvador y Redentor nuestro, a quien tenéis que conocer y amar más cada día.

Fe en el Espíritu que santifica nuestras vidas e inspira en el alma deseos de paz y de justicia, de concordia y de amor.

Fe también en la Iglesia, Madre y Maestra, aceptando libre y plenamente sus enseñanzas y estrechando cada vez más la comunión entre los hermanos, entre las comunidades, con los Obispos y con el Sucesor de Pedro.

Una fe que ha de traducirse en obras (cf. Sant 2,17); que ha de hacerse fidelidad constante y en todo: en vuestra vida religiosa, en vuestras relaciones familiares y sociales, en el trabajo, en el descanso..., en todos los momentos de la existencia. Fidelidad a vuestra tradición católica, en la que encontrais luz para el camino del futuro, garantía de vuestra perseverancia, y respuesta a vuestras legítimas aspiraciones.

La fe en Cristo os hace hijos de Dios (cf. Gal 3, 26). La fe actúa por la caridad (cf. Gal 5,6); va unida a la piedad (cf. Tit 1,1); obra maravillas (cf. Jn 14,12) y engendra alegría, paz y esperanza (cf. Rom 15,13).

Yo he venido a confirmaros y a fortaleceros en la fe.

Os exhorto, pues, a avivar vuestra fe. Que la fe cristiana siga siendo vuestro compromiso cotidiano y vuestro timbre de gloria; y que Bogotá, fiel a sus orígenes, siga siendo siempre la ciudad de Santa Fe.

Saludo a Habitantes de Bogotá y de Colombia. Plaza de Bolívar. Bogotá (01-07-86).

La fe es una respuesta personal

Queridos jóvenes de Colombia:

Os saludo con las palabras que Jesús dirigió a la multitud en el Sermón de la Montaña.

También vosotros sois multitud, una multitud inmensa de discípulos a los que el Papa dirige con afecto y con gran confianza su saludo de paz. ¡Sed la sal de la tierra!, ¡Sed la luz del mundo! De esta tierra de Colombia, de este mundo latinoamericano al que pertenecéis.

Contemplando esta inmensa juventud el Papa quisiera fijar la mirada en cada uno de vosotros, dirigiros la palabra a cada uno en particular, porque a todos y cada uno de vosotros os ama Dios inmensamente y espera la respuesta personal e irrepitible que brota de vuestro corazón generoso.

Por ser discípulos de Jesús y por ser jóvenes sois el futuro de la Iglesia, una promesa para el mundo entero.

Sois discípulos de Jesús, cristianos unidos vitalmente a El por la fe viva y por la gracia del bautismo, por la coherencia de un comportamiento evangélico. Nadie puede llamarse discípulo de Jesús si no escucha sus palabras, si no sigue sus pasos. Sólo de este modo seréis sal de la tierra y luz del mundo. Sólo así podréis ser de verdad jóvenes, con la perenne juventud del Evangelio.

Sois, con esta juventud evangélica, gozo y esperanza de la Iglesia y del mundo. En vosotros brota el renuevo de la comunidad de los creyentes y representáis el relevo de los que construyen la ciudad temporal. La fe tiene que alentar en vuestros corazones y en vuestras obras, llena de vigor y lozanía.

Homilía: Los jóvenes en el presente y futuro de la Iglesia. "El Campín", Bogotá (02-07-86).

La fe es seguir a Cristo

La gracia de este encuentro, queridos jóvenes, amigos, es precisamente la presencia de Jesús, aquí y ahora, en medio de nosotros, porque estamos reunidos en su nombre (cf. Mt 18,20). El os mira en los ojos, interpela vuestra generosidad, espera una respuesta que no debéis dejar para mañana. El os mira quizá con ese amor intenso y personal con que miró al joven del Evangelio y os lanza el reto que puede cambiar vuestra vida: "Ven y sígueme" (cf. Mt 10,21).

Vale la pena seguir a Cristo. El es el único que no defrauda. A cada uno de vosotros Jesús os dirige una palabra que tenéis que meditar en el corazón para ponerla luego en práctica. El os llama y os envía. Respondedle con entusiasmo y decisión.

¿Aceptáis la misión que os encomienda? Pondréis todo vuestro empeño en edificar la nueva civilización del amor?

Homilía: Los jóvenes en el presente y futuro de la Iglesia. "El Campín", Bogotá, (02-07-86).

La fe es vocación y misión

La vocación es ante todo iniciativa del mismo Dios. Es impresionante la descripción que de esta llamada hace Jeremías:

“Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía” (Jer 1,5). El “conocer” de Dios es elección, llamada a participar en la realización de sus planes salvíficos. A la luz del misterio de la encarnación, esta elección se relaciona estrechamente con Cristo Sacerdote: “Nos ha elegido en él antes de la creación del mundo” (Ef 1,4).

“Antes que nacieses, te tenía consagrado” (Jer 1,5). La consagración a Dios es dedicación plena, total, de por vida, a un encargo o misión, bajo la acción del Espíritu del Señor que unge y envía (Is 61,1).

“No les tengas miedo” (Jer 1,8) nos dice la primera lectura del profeta Jeremías. Ya no hay lugar para las dudas y los desalientos. “Estoy contigo” (Jer 1,8) nos repite el profeta. La debilidad humana no es obstáculo cuando la sabemos reconocer y la ponemos fiel y confiadamente en las manos de Dios. Jesús resucitado subraya esta presencia: “Soy yo” (Lc 24,38), “estaré con vosotros” (Mt 28,20). Por esto es posible cumplir la misión del Señor: “adonde quiera que yo te envíe, irás” (Jer 1,7).

“Mira, he puesto mis palabras en tu boca” (Jer 1,9). Son “palabras de vida eterna” (Jn 6,68), que sostienen la generosidad del enviado y aseguran el fruto del apostolado, aunque sea a través del misterio de la cruz.

Homilía. Fidelidad a la vocación sacerdotal. Aeropuerto “Olaya Herrera”, Medellín, (05-07-86).

La fe exige justicia

¿Por qué hay injusticias tan grandes en nuestro continente, que es mayoritariamente católico? La denuncia evangélica de las injusticias es parte integrante del servicio profético de la Iglesia, que no puede dejar de hablar; pero sabemos que esto no basta. Todo católico, en comunión con los Pastores, ha de ser verdadero testigo y agente de la justicia en la animación cristiana de lo temporal y en todos los sectores de la sociedad. Ello es una exigencia evangélica que reclama personas abiertas humildemente a la Palabra de Dios, fieles a la acción renovadora del Espíritu Santo, dispuestas a compartir su tiempo y sus bienes para construir una comunidad basada en el mandamiento del amor, una sociedad humana que haya asimilado

los valores fundamentales del Evangelio en favor de la dignidad de cada persona, de cada familia y de cada pueblo.

Quinientos años de evangelización.
Campo de Chambacú. Cartagena, (06-07-86).

Fe y religiosidad popular

En vuestro pueblo y en toda la comarca sudoccidental de Colombia, gracias a la pruliseular evangelización, se encuentra una fe arraigada profundamente, que se expresa de manera eminente en extraordinarias manifestaciones de religiosidad y de piedad popular. También esto es expresión de la fe católica que ha marcado la identidad histórica y cultural de Colombia. Os aliento pues a perseverar en estas manifestaciones, que son una catequesis constante que estimula a una práctica religiosa más intensa y auténtica, reforzando los lazos de unión en el seno de la familia de los hijos de Dios. Una genuina piedad eucarística y mariana es garantía de profunda y sólida vida cristiana, que os defenderá también de ideologías ajenas al Evangelio.

Se puede decir que la piedad popular responde al acerbo de valores con que la sabiduría cristiana y el sentido religioso de los fieles, sobre todo de la gente sencilla, afronta los grandes interrogantes de la existencia humana, bajo la luz de Dios Padre; orientándola hacia el reino de los cielos y esperando el desarrollo de la historia humana, según los designios salvíficos del Señor.

Que no disminuya vuestro aprecio por estas prácticas religiosas.

En ellas encontraréis una síntesis vital que fortalece la fe en todas las circunstancias de la vida, en la alegría, como en el dolor; que refleja sed de bien y comporta una fina sensibilidad ante los atributos divinos, como la paternidad y la providencia; que hace presente en nuestra existencia a Cristo Redentor y a su Santísima Madre; que ilumina el corazón y que robustece la vida nueva en el Espíritu; que da fuerza para la generosidad y el sacrificio; que engendra actitudes interiores de paciencia, amor a la cruz, valoración del sufrimiento, aceptación de los demás y desapego de las cosas terrenas; que confirman los sentimientos cívicos y patrios elevándolos hacia Dios, que une a los diversos sectores de la sociedad a través de las manifestaciones comunitarias y estrecha los vínculos de la comuni-

dad eclesial, convirtiéndolos en una expresión de la catolicidad de la Iglesia.

Homilía: Piedad popular, misión de la Iglesia con los indígenas. Popayán, (04-07-86).

Desviaciones de la fe

Pero observamos, por otro lado, que una religiosidad popular mal concebida tiene sus límites y está expuesta a peligros de deformación o desviaciones. En efecto, si esta piedad quedara reducida solamente a meras manifestaciones externas, sin llegar a la profundidad de la fe y a los compromisos de caridad, podría favorecer la entrada de las sectas e incluso llevar a la magia, al fatalismo o a la opresión, con grandes peligros para la misma comunidad eclesial.

El llamado "catolicismo popular", la misma piedad popular, son realmente auténticos cuando reflejan la comunión universal de la Iglesia, con manifestaciones de una misma fe, un mismo Señor, un mismo Espíritu, un mismo Dios y Padre.

Homilía: Piedad popular, misión de la Iglesia con los indígenas. Popayán, (04-07-86).

La fe es fidelidad

En momentos de tanta incertidumbre por los que atraviesa vuestro continente y en medio de tantas llamadas seductoras que provienen de los poderes de este mundo, de los ídolos modernos y de las ideologías materialistas, los cristianos necesitan ser afianzados en la fidelidad. En un mundo como el nuestro en el que la verdad se ve acosada por el engaño, y los valores perennes suplantados a veces por intereses egoístas, es necesario educar la conciencia cristiana en la fidelidad.

Fidelidad, en primer lugar el Espíritu Santo, que es fuerza de renovación y de vida, principio de unidad y vínculo de la paz.

Más el Espíritu nos conduce suavemente hacia una inquebrantable fidelidad a la palabra de Dios, que es la norma imprescindible de nuestra predicación. Esta fidelidad a la palabra nos exige no solamente renunciar a discursos puramente humanos o seculares cuando se trata del anuncio del designio divino de salvación, sino mantener firmemente el sentido original de la Sagrada Escritura, sin separarlo

de la viva tradición eclesial ni de la interpretación auténtica del Magisterio.

Dicha fidelidad a la Palabra es el fundamento de la misión del obispo como maestro de verdad; de la verdad que viene de Dios y que lleva a la auténtica liberación del hombre: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Jn. 8,32). Tal fue el compromiso asumido por los Pastores latinoamericanos en la histórica Conferencia de Puebla: “El Obispo es maestro de la verdad. En una Iglesia al servicio totalmente de la Palabra, es el primer evangelizador, el primer catequista; ninguna otra tarea lo puede eximir de esta misión sagrada” (Puebla, 687).

Si somos fieles al Espíritu, a la palabra y a la Iglesia de Jesucristo, también seremos fieles al hombre a cuyo servicio, especialmente de los más pobres y necesitados, hemos sido enviados como mensajeros de salvación. Precisamente por servir con fidelidad a los hombres de nuestro tiempo la Iglesia levanta hoy decididamente su voz para defender los derechos humanos y la dignidad que fundamenta esos derechos.

Discurso a los Obispos del CELAM.
Bogotá, (02-07-86).